

¿Qué tan alta es la alta cultura?

Cultura humanística, artística, científica y filosófica

How high is high culture?

Humanistic, artistic, scientific and philosophical culture

José Hernández Prado

johprado@prodigy.net.mx

johprado@azc.uam.mx

Departamento de Sociología de la Universidad
Autónoma Metropolitana,
Unidad Azcapotzalco
Avenida San Pablo 180, Edificio H, 3er piso,
Colonia Reynosa Tamaulipas,
Código Postal 02200, Ciudad de México

Resumen

Este artículo propone que durante la evolución se pasó de la *cultura animal* a una rica y problemática *cultura humana* y que de esta última cultura ha sido posible transitar hasta la *cultura humanista*, la cual es una cultura que nos rectifica, perfecciona y dignifica como seres humanos y a la que se le pudiera llamar *alta cultura*, con sus dos componentes principales de la *cultura científica y filosófica* –la cual nos sugiere hoy con nitidez un *antiprotagorismo*– y la *cultura humanística y artística*, que abarca también a la *cultura* y al *arte populares*.

Palabras Clave: alta cultura, cultura popular, cultura animal, culturas humana, humanista y humanística, antiprotagorismo

Abstract

This article states that from an Animal Culture it was obtained, through evolution, a sophisticated and problematic Human Culture and from this other one emerged a Humanist Culture that rectifies, completes and dignifies us as human beings, and that is possible to label as High Culture, with its main two elements, which are a Scientific and Philosophical Culture –suggesting clearly today an Anti-Protagorism– and a Humanistic and Artistic one, which involves as well the so called Popular Culture and Arts.

Key Words: High Culture; Popular Culture; Animal Culture; Human, Humanist and Humanistic Cultures; Anti-Protagorism

Nota preliminar

Una primera versión de este escrito fue presentada en el Seminario “Debate sobre la cultura”, organizado por el Grupo de Investigación sobre Sociología de la Cultura del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, el día 24 de noviembre de 2021.

1. Cultura humanista, humana y animal

¿Qué tan alta es la llamada “alta cultura”? El presente texto propone que es muy alta y que quizás debiera serlo más. Pero no se afirma esto, desde luego, bajo el supuesto de que la alta cultura sea una cultura elitista, propia y exclusiva de los sectores privilegiados de las sociedades humanas. Dicha cultura elitista existe, acaso porque existen tales sectores, pero como se dirá más adelante, muchas veces esta cultura elitista ni siquiera es tan alta, puesto que la alta cultura es en la actualidad, convincentemente, otra cosa. Resulta factible sugerir que la llamada *alta cultura* es hoy *cultura humanista*; es la cultura más humanista posible, lo que significa una cultura que dignifica al máximo nuestra naturaleza humana sociocultural e históricamente muy variable; una cultura que consiste en la reivindicación y la promoción de todos los derechos y los mejores valores humanos en sus diversas facetas y variedades.

Y es posible distinguir a la humanista alta cultura de la *cultura humana* a secas o en general; y a ésta hoy también de la *cultura animal*, de aquella otra cultura que ya sabemos que despliegan muchos animales (Safina, 2015) y, en especial, los mamíferos terrestres y marinos neurológicamente más complejos; entre ellos y sobre todo, los primates y los llamados antropoides, como los parientes biológicos en la actualidad más cercanos a los seres humanos; es decir, orangutanes, gorilas y, sobre todo, chimpancés y bonobos, pues en el pasado, además de cultura humana o del *Homo sapiens*, también habría habido, sin duda alguna, una cultura propiamente *homínida*; por ejemplo, la desplegada por los *Homo* anteriores al actual *sapiens*: la cultura del *Homo habilis*, el *Homo ergaster* y el *Homo erectus*, que derivó, entre diversas otras, en la no poco sofisticada cultura del célebre *Homo neanderthalensis*. En otro sitio hemos sugerido que hoy se pueden distinguir tres clases de cultura: la *cultura animal*, la *cultura humana* y la *cultura humanista* (Hernández Prado, 2021b). Y a esta última cultura, la humanista, es a

la que mejor le correspondería el título de *alta cultura*, porque es la que nos hace más y mejores seres humanos a todos los integrantes de la actual especie animal, *Homo sapiens*.

2. De “las dos culturas” a una alta cultura bajo dos grandes expresiones

¿Pero cuál es la cultura que nos hace más humanos? La que mejor realice y hasta rectifique, perfeccione y haga superarse –según ciertos estándares– a nuestra naturaleza socio-histórico-cultural. Es la que nos convierte en seres humanos individuales y grupales de la mayor calidad espiritual, intelectual e, inclusive, moral (Arnold, 2021; Eliot, 1948). Las religiones, los sistemas políticos y económicos y hasta las disciplinas deportivas intentan efectuar eso bajo distintas circunstancias, le parece a esta comunicación. En el caso de las religiones, por ejemplo, ellas son de un modo presumible alta cultura cuando contemplan y proponen un ecumenismo o universalismo doctrinario que desborda las fronteras de su propia comunidad de creyentes, para abrirse, abarcar y atraer, inclusive, a quienes no crean en esa religión y no formen parte de su iglesia. Quizás las grandes religiones universales del presente, como son el judaísmo, el cristianismo –católico o protestante–, el Islam o el budismo logren ello de un modo claro. Tal vez.

Y para el caso de los sistemas políticos, como otro ejemplo factible, pudiera sostenerse que la política democrático-liberal, la política representada por la democracia liberal moderna, que es constitucional, electoral, representativa, tolerante, incluyente y pluralista, significa la política más humanista entre todos los tipos de régimen político ensayados hasta el presente por las sociedades humanas, ya que es el régimen que mejor avanza hacia un Estado de derecho y una justicia como equidad, tanto como a la defensa y la promoción de los derechos humanos en un marco de libertades y de responsabilidades ciudadanas,

en contraste con otros –por supuesto que bienintencionados, pero más injustos e ineficaces– regímenes políticos ingeniosos y reivindicados en la historia de la humanidad (Hernández Prado, 2021a).

Probablemente una religiosidad cabalmente universalista y una política democrática en forma satisfactoria sean, en efecto, alta cultura, pero sin duda que lo son –porque nos perfeccionan a los seres humanos en nuestra propia naturaleza, en sus múltiples aspectos o dimensiones– las que tradicionalmente han sido llamadas “las dos culturas”, enfrentadas, por cierto, hasta hace poco tiempo (Snow, 2020), pero conciliadas hoy con mayor éxito, según una sana mentalidad actual: aquella cultura de las artes y las humanidades y aquella otra del conocimiento y de la ciencia. La *cultura humanística y artística* y la *cultura científica y filosófica*. Estas dos culturas son o equivalen en el presente a una *alta cultura*, porque involucran tareas y disciplinas que nos dignifican al máximo como seres humanos y sus productos nos justifican acaso como entidades que vivimos y morimos en el universo que nos ha acogido como especie animal.

Pero acláremoslo: por *cultura humanística*, en contraste con la *cultura humanista*, quiere entenderse aquí a la cultura o el cultivo de todas las lenguas humanas –no sólo las “clásicas” y “muertas”; por ejemplo, el griego antiguo o el latín– para desarrollar en todo lo posible su potencial expresivo y semántico, mismo que conduce hasta aquella indiscutible forma del arte que es la *literatura*: un arte que abarca la prosa, la poesía y la dramaturgia o el teatro y que habría que colocar al lado de otras disciplinas artísticas; verbigracia, la música, la danza, la actuación, la pintura y escultura o las artes gráficas y plásticas, la arquitectura, el cine y en general cuanto suele reconocerse como las *bellas artes*, aludidas, respectivamente, por las expresiones en los idiomas francés e inglés, de *beaux arts* y *fine arts*. Así, el cultivo de las lenguas humanas y la literatura en todas sus expresiones idiomáticas, tanto como el de las disciplinas artísticas identificadas

como bellas artes, no es sino *alta cultura* en su expresión particular de *cultura humanística y artística*.

Esta *cultura humanística y artística* se considera desde hace siglos, en el que ya es nuestro mundo global actual, como *alta cultura*, al igual que la *cultura filosófica y científica*. Esta última cultura sería la alta cultura que tiene que ver con el conocimiento que siguen desplegando los seres humanos sobre el universo donde viven; un universo natural, pero también y precisamente, cultural. Y dicho conocimiento consistiría en la capacidad de estos seres para interpretar correctamente lo que la acción de sus sentidos físicos y aun mentales les muestra; o bien, su percepción sensorial, la cual nos dice acerca de o nos muestra a los seres humanos un universo cognoscible en forma progresiva. Cuando dicho conocimiento revela lo que pareciera ser o acaso es la *verdad* con respecto a tal universo, los seres humanos desarrollamos lo que pudiera llamarse, en última instancia, *conocimiento científico*. Y cuando ese mismo conocimiento, en cuanto la más correcta interpretación posible de las percepciones de nosotros los seres humanos en torno al universo, esclarece no tanto la verdad, sino el *sentido* o el *significado* del mismo, a eso se le denomina, quizás muy atinadamente y siguiendo a la filósofa alemana-estadounidense, Hannah Arendt, *conocimiento filosófico* (Arendt, 1978). Los *conocimientos filosófico y científico* son, sin lugar a dudas, *alta cultura* humana; son *cultura humanista, científica y filosófica*, que nos perfecciona en cuanto seres humanos y nos justifica en este universo en el que nacemos, vivimos y morimos.

Es sostenible afirmar y concluir, entonces, que dos claras expresiones de la alta cultura o cultura humanista son, en nuestros tiempos, una cultura humanística y artística y la cultura científica y filosófica.

3. El problema de la cultura popular. *Imagine* y el *Canto a la Alegría*

Pero ¿qué decir acerca de la llamada *cultura popular*, entendida por lo general como el conjunto de aquellas artes que al lado de las “bellas” o “finas”, también cultivamos los seres humanos, bajo las múltiples formas del que se identifica como un *arte popular*? ¿Por ejemplo, las expresiones lingüísticas de los pueblos, tanto en sus distintos léxicos como en sus fonéticas, semánticas y sintácticas, o bien las danzas populares, la cultivadísima *música popular* o las admiradas, pero muchas veces menospreciadas *artesanías* o manifestaciones de ese *arte popular*? ¿Son ellas *cultura baja*, en contraposición con una *alta cultura* como la anteriormente referida y caracterizada?

Lo serían si se considerara que esta *baja cultura* es la cultura que corresponde a los sectores menos privilegiados de las sociedades; a las “clases bajas”, deficientes en educación escolarizada y carentes de solvencia económica. Pero afirmar esto es equivocado. *La cultura popular no es baja cultura o cultura baja*. Ella es *alta cultura* también y en rigor, porque asimismo es una cultura que nos dignifica y realiza como seres humanos. La alta cultura es, en muchas ocasiones, cultura popular y con frecuencia es su genuina sublimación, en cuanto profundización y depuración de esa misma cultura popular.

Considérese, como un buen ejemplo, la *música popular*. ¿Los Beatles son menos valiosos que Beethoven, Johannes Brahms o Gustav Mahler? Por supuesto que no y, en principio, no. Los Beatles y el también compositor inglés, Ralph Vaughan Williams, por ejemplo, son ambos cabal *alta cultura*. Las dos son propuestas musicales que nos dignifican y justifican como seres humanos y por ello son alta cultura, con todas y cada una de sus letras.

Lo que sucede es que la llamada alta cultura admite una multiplicidad de *capas* o *niveles* de significación o bien –aunque esta manera decirlo resulte algo chocante– de *grados* de profundidad y relevancia. Piénsese en la canción *Imagine*, del beatle John Lennon –que se escuchó en la inauguración de los pasados Juegos Olímpicos de Tokio 2020– y en el cuarto movimiento de la Novena Sinfonía “Coral”, de Ludwig van Beethoven, que contiene la célebre “Oda a la alegría”, escrita por Friedrich von Schiller. Estas dos piezas musicales son valiosísimas expresiones artísticas de fraternidad humana universal y de acendrado pacifismo. Son significativas, en principio, por igual. Sin embargo, la creación de John Lennon es una sencilla y bella melodía “popular” cuya grabación original de 1971 seguirá conservándose y reproduciéndose con enorme reverencia por parte del público mundial aficionado a la música de rock y que admite y admitirá muy variadas versiones e interpretaciones de cantantes populares, como ha ocurrido desde hace medio siglo.

La creación de Beethoven, en cambio, estrenada en 1824, siempre se interpreta “nota por nota” y conforme a las estrictas partitura extensa y vasta orquestación concebidas por el “genio de Bonn”, desde hace casi doscientos años. Es seguro que mientras haya en el mundo orquestas sinfónicas y coros y solistas “de concierto”, esta sinfonía se tocará recurrentemente y seguirá siendo considerada como una de las más grandes y sublimes sinfonías –y no sólo melodías– de toda la historia de la humanidad. *Imagine* y el “Canto a la Alegría” son ambas excelentes expresiones de *alta cultura*, pero a una de ellas se le reconoce, en forma muy natural y justificada, cierta “seriedad” y “profundidad” mayores que a su contraparte. Aunque desde el punto de vista de “la letra”, entretrejida con la música, sea irrefutable que el mensaje de John Lennon es mucho más directo y actual que el de Schiller y Beethoven y, en ese sentido, los supera.

¿Es todo “cuestión de clase” o de “distinción sociocultural”, como propusiera hace poco más de cuarenta años el sociólogo francés Pierre Bourdieu? ¿A John Lennon lo han hecho relevante las “clases bajas” y a Beethoven, el gusto musical de las “altas”, privilegiadas y educadas? Según Bourdieu, los sectores socioeconómica y educativamente más elevados de la sociedad sentenciarían que Beethoven es más valioso que Lennon y que el primero es alta cultura, mientras que el segundo no lo es, porque tan sólo es “música popular”, a la que principalmente son afectos los sectores sociales menos beneficiados. Que algo sea importante en materia de arte, según Bourdieu, depende de quién y desde dónde lo diga (Bourdieu, 1998).

Pero ahí no está el meollo del asunto. Ricos y pobres disfrutan y ponderan hoy en todo su valor a la bella canción *Imagine*. Asimismo, ricos o pobres que tengan acceso a una buena y mejor educación podrán apreciar en su plena riqueza la Novena Sinfonía de Beethoven –y muchísimas sinfonías más–. En la actualidad suele reconocerse que son las “clases medias” de todo el mundo las grandes “consumidoras” de “música de concierto”, tanto por su asistencia a las “salas de concierto”, como por su acceso a grabaciones de la llamada “música clásica” o “gran música”. Algo hay, sin duda, en John Lennon, que se disfruta y aprecia por todo habitante, rico o pobre, de este planeta y algo hay también en Beethoven, Brahms o Mahler que propicia que “no los suelten” los melómanos cultivados de todas las culturas del mundo y de condiciones sociales en extremo diversas.

Mucha razón tenía el filósofo ilustrado escocés del sentido común humano, Thomas Reid, cuando propuso en el siglo XVIII que el gusto estético no es arbitrario y que las obras artísticas no se consideran valiosas por mera convención social. Si esto último es lo que afirmara Pierre Bourdieu en el siglo XX, lo primero fue más o menos sugerido en el Siglo de las Luces por el coetáneo de Reid, David Hume, quien concluyera que no había tal cosa como una objetiva y universal

“norma del gusto” (Hume, 1998). Pero sí que hay dicha norma; ella bien que existe, propuso, en cambio, Thomas Reid y radica en la *excelencia* identificable que posea la obra artística a disfrutar y apreciar, pero ante todo, a *juzgar* en su excelencia misma, para que la disfrutemos o nos resulte indiferente o desagradable y la apreciemos o la menospreciemos o despreciemos. A tal excelencia de la obra artística o del objeto natural se la juzga para decidirla y ponderarla y de ahí proviene o no un gusto por ella o el agrado o desagrado que suscite en nosotros. La apreciación de las obras de arte es una cuestión de *juicio* objetivo y no –o más que– de *gusto* subjetivo, según Thomas Reid (Reid, 1998 y 2002). Nos pueden agradar mucho o poco, subjetivamente hablando, obras que, de un modo objetivo, sean más o menos excelsas y excelentes.

¿Pero en qué consisten la excelencia o la excelsitud de la obra de arte o del objeto natural juzgado? En que este objeto u obra nos diga más o nos diga menos, nos exprese mejor o peor a los seres humanos, procedentes de las muy diferentes culturas que hemos desarrollado, significados precisos que somos capaces de entender y de interpretar. Así, una obra musical pudiera expresarnos dulzura o violencia, sentimientos conmovedores o, inclusive, cursis; desde luego, alegría o tristeza o melancolía o nostalgia, todo ello de un modo mejor o peor o más o menos logrado; o a veces, con la ayuda de una buena “letra” para ser cantada, como ocurre con las piezas musicales aludidas de John Lennon y Ludwig van Beethoven, dicha obra pudiera expresarnos, por ejemplo y de un modo inmejorable, fraternidad universal y pacifismo. No es gratuito ni fortuito, entonces, que los Beatles o que los colegas “clásicos” de Beethoven gusten tanto en el mundo entero. Hay excelencia en las creaciones de tales músicos, que las afianza en el gusto popular y que hace posible que jamás sean ignoradas y olvidadas por las personas educadas, las cuales debieran ser cada día más. Nadie debiera “perderse” del buen rock y tampoco de las insondables maravillas de la denominada “gran música”.

4. Una alta cultura proveniente de la humana y del animal

Entonces –propone esta breve comunicación– una *alta cultura* es la *cultura humanista* que incluye propiamente a la *cultura filosófica y científica* y a la *cultura humanística y artística*, tanto como a la *cultura popular*, mal llamada “baja cultura”, en contraposición a una supuesta alta cultura falsa que sería la de los sectores privilegiados de las sociedades humanas, quienes en muchas ocasiones gustan de expresiones elitistas muy poco excelsas o degradadas de la cultura humana y que con frecuencia desprecian erróneamente, debido a deficientes juicios de gusto, a otras expresiones de alta cultura reivindicadas por quienes supuestamente no debieran gustar de ellas, los sectores sociales menos privilegiados, que con una educación adecuada y siempre perfectible, forman parte de las “clases medias” que hoy por hoy son el receptáculo habitual y hasta las guardianes celosas de la humanista alta cultura de la humanidad.

Un *alta cultura humanista* provino, a todas luces, de la *cultura humana* pero, ¿de dónde procedió esta última cultura? Pues de una *cultura animal*, ya que los seres humanos somos animales y en contra de lo que asegura la creencia tan extendida, no fuimos ni hemos sido los únicos animales que en el universo conocido hemos creado cultura o bien culturas. ¿Cómo entender a la *cultura* para hacer inteligibles la cultura humana y la cultura animal, haciendo por ahora a un lado el señalamiento de que la alta cultura es la cultura humanista que consiste en todo cuanto nos realiza al máximo y perfecciona como seres humanos?

Cultura puede ser, en principio, aquello que hace todo ser vivo –por lo general, un animal–, no por efecto de sus impulsos naturales, a manera de instintos, apetitos o deseos, sino por efecto de cierto proceso de enseñanza y aprendizaje de acciones o actividades ingeniadas. Es aquello que no se hace “por instinto” o por apetitos y deseos naturales, sino debido a cierta inventiva mental o intelectual desplegada

ante circunstancias impuestas por el entorno ambiental, las cuales han motivado acciones que es factible enseñar y aprender. Eso es, convincentemente, *cultura* y es algo –un “fenómeno natural”– que ya se aprecia con nitidez en animales como ciertas aves o, sobre todo, mamíferos del tipo de cetáceos, paquidermos, felinos, cánidos o primates y antropoides. A no dudarlo, existe o se presenta cultura entre las orcas y los delfines, los elefantes, los lobos y los perros, los grandes y pequeños felinos, los monos de diversas clases y los chimpancés y bonobos, por ejemplo (Wilson, 2000; Safina, 2015).

Todos estos animales ingenian y aprenden a hacer cosas que les enseñan a sus crías, de manera tal que cuando se pierde por desgracia a quienes despliegan dicha enseñanza, pagan trágicamente el hecho, incluso con su propia desaparición, quienes requieren aprenderlas. Las matriarcas elefantas enseñan a sus familias en dónde puede hallarse agua y protección; chimpancés y bonobos les enseñan a sus crías cómo emplear herramientas para extraer y comer termitas de las termiteros o bien tomar agua; y las orcas también instruyen a sus pequeños sobre cómo cazar, en aguas poco profundas, focas o pingüinos. Incluso, los delfines se ponen a sí mismos “nombres” propios, mediante guturalizaciones que ellos pueden identificar e interpretar (Safina, 2015). Y todos estos animales enseñan a su descendencia, además, cómo comportarse con sus congéneres, a fin de tener una vida llevadera y fructífera dentro del grupo y para el mismo grupo en su conjunto. Esta es la cultura animal que se desarrolla socialmente, de manera tal que mientras más sociales sean los animales, más inteligentes nos parecen y resultan, en efecto, según ocurre con cetáceos, cánidos, paquidermos o antropoides. Estos animales son, con toda propiedad, *culturales*, de igual manera que los seres humanos somos, en rigor, *hiperculturales*. A esta “hiperculturalidad” la hemos confundido a lo largo de la historia humana con la simple “culturalidad”, en apariencia exclusiva de nuestra especie animal (Hernández Prado, 2021b)

Pero sería sostenible afirmar que así sucedió también con los primeros *Homo* (Hare y Woods, 2020) y aún antes con los australopitécidos y a partir del *Homo habilis*, quien sofisticó mucho sus herramientas, comparadas con las de los australopitecos o las de los chimpancés actuales; con el *Homo erectus*, quien ya aprendió y enseñó a hacer y dominar el fuego y luego con otros *Homo*: por ejemplo, el famoso *Neanderthalensis*, quien ya tuvo un lenguaje bastante cercano al que logramos los *Homo sapiens*, en donde la cultura se hizo eminentemente lingüística y todo lo aprendido y enseñado implica muy complejas formas socioculturales de vida, articuladas y reforzadas por un lenguaje que ya no sólo es significativo y simbólico, como el de los animales en general, sino muy claramente significador y simbolizador (Searle, 2010; Hernández Prado, 2014); es decir, un lenguaje *creador de signos* –múltiples idiomas– y *símbolos* –culturales–, a fin de formar culturas que de tan complejas y espectaculares, nos hicieron creer a los humanos modernos –o los *sapiens*– que éramos *pura y esencialmente cultura*; que éramos *tan sólo cultura* desligada de toda *naturaleza biopsicológica* (Pinker, 2002) y que asimismo somos *culturas* tan diferentes unas de las otras, que continuamos siendo incapaces de convivir y colaborar entre nosotros, fragmentados, como estamos, en culturas incompatibles en competencia y hasta en confrontación.

5. En conclusión. Hacia una alta cultura antiprotagorista

Inclusive ha sido tal la separación entre lo cultural y lo natural en nuestras sociedades humanas, sobre todo en aquellas civilizadas o las ubicadas en el ámbito de cierta civilización urbana, agrícola, comercial e industrial, como finalmente aconteció en muchos rincones del mundo, que en nuestra especie biopsicológica humana se impuso el que pudiera reconocerse como un *protagorismo*, o bien el triunfo, la hegemonía o la enorme influencia histórica y cultural aún vigente del filosofema propuesto por el retórico griego antiguo,

Protágoras de Abdera (481 a 411 antes de nuestra era), según el cual “el hombre –diría Protágoras– o bien el ser humano femenino o masculino –diríamos hoy– es la medida de todas las cosas”. Modelados por nuestras diversísimas culturas, que nos apartaron radicalmente de mucho de lo natural que hay en nosotros y de nuestros orígenes animales, los humanos incurrimos en un muy cuestionable protagorismo que hoy pudiera y acaso debiera ser suplantado por un *antiprotagorismo* conforme al cual, por el contrario, “todas las cosas; y sobre todo, las vivas, son la medida del ser humano” (Safina, 2015; Wilson, 2017).

Bajo este antiprotagorismo sería factible concebir hoy que la cultura no es exclusivamente humana; que no sólo existen la cultura o las culturas humanas, sino que la cultura ha comenzado por ser animal, puesto que de los y de ciertos animales provenimos y tan sólo hemos procedido, en cuanto seres humanos, a complicar y sofisticar en extremo una realidad que ya estaba presente en la naturaleza viviente. De la *cultura animal* se pasó a la rica, e inclusive problemática *cultura humana* y de esta cultura humana ha sido posible transitar hasta la *cultura humanista* (Hernández Prado, 2021b), que es la cultura que nos rectifica, perfecciona y dignifica como seres humanos y es a la que se le pudiera llamar *alta cultura*, con sus dos componentes principales, comentados en la presente comunicación, que son la *cultura científica y filosófica* –la cual nos propone hoy con nitidez al *antiprotagorismo*– y la *cultura humanística y artística*, que abarca también a la *cultura* y al *arte populares*. Por todo ello, a la pregunta de “¿qué tan alta es la alta cultura?”, quizás haya que responder que sí lo es, en definitiva y que, inclusive, hasta pudiera y debiera serlo aún más.

Referencias bibliográficas

Arendt, H. (1978), *The Life of the Mind*. San Diego, Nueva York y Londres: Harcourt Brace & Company. 283 Pp.

Arnold, M. (2021), *Culture and Anarchy. An Essay in Political and Social Criticism* (1869). Sin lugar de edición: Kindle Edition. 331 Pp.

Bourdieu, P. (1998), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto* (1979). Traducción de M. del C. Ruiz de Elvira. Madrid: Taurus. 597 Pp.

Eliot, T. S. (1948), *Notes towards the Definition of Culture*. Londres: Faber and Faber Limited. 126 Pp.

Hare, B. y V. Woods (2020), *Survival of the Friendliest. Understanding Our Origins and Rediscovering Our Common Humanity*. Nueva York: Random House. 273 Pp.

Hernandez Prado, J. (2014), *La realidad social humana. Diálogos imaginarios con base en John Rogers Searle y Thomas Reid*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias Sociales y Humanidades. 233 Pp.

Hernández Prado, J. (2021a), *Homo offensus. Un ensayo sobre la disocialidad entre los seres humanos*. México: División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. 268 Pp.

Hernández Prado, J. (2021b), Cultura animal, humana y humanista. En Cisneros Sosa, A. y A. Malcolm (Coordinadores), *Diálogos sobre la cultura: Irlanda y México* (pp. 17-45), México: División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

Hume, D. (1998), "Of the Standard of Taste" (1757), en *Selected Essays*. Editados y con una introducción de S. Copley y A. Edgar. Oxford y Nueva York: Oxford University Press, pp. 133-153.

Pinker, S. (2002), *The Blank Slate. The Modern Denial of Human Nature*. Nueva York: Viking. 509 Pp.

Reid, T. (1998), Lecciones sobre las bellas artes (1774). Traducción de J. V. Arregui. *Contrastes. Revista interdisciplinaria de filosofía*, III (1998): 345-384.

Reid, T. (2002), *Essays on the Intellectual Powers of Man* (1785). Editados por D. R. Brookes. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press. 651 Pp.

Safina, C. (2015), *Beyond Words. What Animals Think and Feel*. Nueva York: Henry Holt and Company. 482 Pp.

Searle, J. R. (2010), *Making the Social World. The Structure of Human Civilization*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press. 208 Pp.

Snow, C. P. (2020), *The Two Cultures and the Scientific Revolution* (1959). Sin lugar de edición: Barakaldo Books, Kindle Edition. 48 Pp.

Wilson, E. O. (2000), *Sociobiology. The New Synthesis*. Cambridge, Massachusetts y Londres: The Belknap Press of Harvard University Press. 697 Pp.

Wilson, E. O. (2017), *The Origins of Creativity*. Nueva York y Londres: Liveright Publishing Corporation. 245 Pp.